

El Alquimista de la Plástica

Lo descubrirán cuando exponga el 31 de agosto en el Atenco de Caracas

José Pulido

Una leve brisa de lentitud lunar recorre la azotea, entra al taller de cristal y concreto, y las puntas de los papeles que están por todas partes se levantan un poco para escuchar ese viento fragmentado. Entretanto, la luz del sol gira como una rueda de artesano puliendo objetos y acorralando sombras. La cara del ser extraterrestre que me está mirando tiene el brillo y la textura de un mármol rosado y no hay ninguna palabra para pronunciar ante ese rostro diferente. Aquí estoy buscando la palabra precisa, pero una risa hermosa, intranquila, de mujer invisible, retumba en las latas llenas de lápices, en las telas, en los matices, y por un instante el ser extraterrestre se distrae buscando el lugar de donde sale la risa. Yo también. . .

Carlos Solórzano es un artista plástico totalmente sorprendente y este es su taller. Las personas que vieron la película "Alien, el octavo pasajero" pueden conocer un poco de Solórzano, porque el hombre que creó la figura de Alien y todo ese entorno extraño, barroco, denso, es la influencia principal, que refleja este joven, quien estudió en Estados Unidos. Reconoce esta influencia. Y la supera con creces.

El 31 de agosto Carlos mostrará quince obras en la Galería Los Espacios Cálidos, del Ateneo de Caracas, en lo que será su primera muestra individual. Ha esperado bastante para dar a conocer lo que hace: desde los quince años está metido en el arte de la plástica y es ahora, a los 30 años de edad, cuando el espectador enfrentará ese resultado asombroso que son sus cuadros.

**Van pensar que hago marcianos. Viví un período trabajando con seres espaciales. Para mí son fotografías celestes, universos paralelos", ha dicho en voz baja Solórzano, un hombre alto, delgado, de barba negra, de mirada seria y pensativa. Un artista distinto, dueño de un talento que sacude los sentidos. La cabeza rosada del extraterrestre atrapa una cinta de luz espolvoreada y se la traga. Otra vez la risa de mujer nos sobresalta.

La iniciación

Siempre me atrajeron los clásicos, me sabía de memoria hasta la fecha de nacimiento de cada uno, los tenía estudiados. Sus obras me parecían fotografías. Empecé a dibujar a los quince años, pero no sabía qué hacer. Estudié dibujo con Fabiani, seis meses. Fue mi primer profesor y aprendí muchísimo con él, pero apenas seis meses. Terminé el bachillerato y me mantenía dibujando; aparte seguía en la nota juvenil, la pachanga, tú sabes, pero conservaba por dentro la curiosidad por las ruinas, por lo misterioso que hay en el pasado, más que por las ruinas en sí. Comencé a estudiar antropología y no transcurrieron más de tres meses sin que me saliera. No sabía qué dirección tomar. Me hablaron del Instituto de Diseño y me inscribí. Estuve un año allí y sentí que quería hacer otra cosa. Me dediqué a dibujar por mi cuenta, pero a lápiz, me atraía el lápiz. Trabajaba en la Cantv y me compré un aerógrafo. Empecé, sin libros, a darle al aerógrafo, y después el Conac me dio una beca para estudiar afuera. Estudié en Estados Unidos y al graduarme me dediqué a la fotografía, en la noche, y en el día a pintar. Es entonces cuando empiezo a hacer esto, y me sentí bien porque creo que logré dominar lo que ese maestro, ya sabes: el de Alien, hacía. Conseguí cierta densidad en los volúmenes y esto fue como el principio de todo".

Sus cuadros son de una técnica acabada, limpia, hasta esplendorosa, que sólo se contempla en los mejores hiperrealistas. Cada tela se convierte en un objeto de tanta calidad material, que toca la frontera de lo filosófico.

El primer autor que me impresionó en mi trabajo fue Jorge Luis Borges y en mi ánimo fue clave su cuento "El Aleph". Cuando leí ese cuento "tripié", ¿puedes escribir que "tripié"? Lo releí y no sabía si era verdad o mentira. Hasta me daban ganas de meterme debajo de las escaleras para encontrar un punto infinito. Creo que lo hice. "Quiero ver lo que vio Borges" me decía. Creo que hay también otra carga en mis trabajos, originada por Nietzsche, por el taoísmo, el zen, no por la

práctica, sino por la lectura de estas corrientes filosóficas. Hay quienes ' ven ciencia ficción en mis trabajos, pero la ciencia ficción me aburre, me gusta verla en películas. En cambio la ficción me agrada más. En la ciencia ficción hay demasiado lenguaje técnico y no puedo visualizar las imágenes; eso me interrumpe a cada rato: la lectura no fluye. Luego descubrí a Whitman y su poesía me ha ayudado a darle frescura a la pesadez, a pulir los metales”.

Carlos es sereno y cada paso avanzado en sus telas es de una intensidad casi atlética. Se toma muy en serio lo que hace. No es sólo pintar por pintar. Parece un sacerdote cuando está frente a frente con la tela. La hermosa risa de la mujer se ha quedado agazapada bajo unos helechos, incrustada en la explosión silenciosa de unas flores. El extraterrestre tiene venas azules y verdes que sólo se notan cuando la luz cae de lleno.

“Siempre me llamaron la atención las ciencias ocultas, el yoga, buscar un camino como el que debe ser mi camino, pero no me he identificado con uno de esos caminos, Aunque son válidos. Pero, por ejemplo, no puedo ser taoísta, me parece algo bellissimo, pero es diferente a mi lugar, al sitio donde vivo, a cómo soy”.

“Un día comencé a leer de alquimia, con curiosidad, fue hace diez años, cuando tuve mi primer libro de alquimia y lo leí. Lo cerré y lo agarré de nuevo. He viajado mucho con ese libro. Era ignorante respecto a lo que era la alquimia y finalmente encontré que es como un yoga occidental. Hay mucha imagen material en la alquimia. De ahí partió todo este trabajo. Estuve encerrado un mes en Mérida leyendo y haciendo bocetos. También hago una transcripción de la simbología antigua, del Uroboros, Me gustaron las ilustraciones antiguas que eran cargadas, todas llenas de imágenes, de detalles. Los caminos se estaban encontrando. Tuve la seguridad de que eso era lo que debía hacer, de que no era azar. Mi trabajo es libre, Todo el barroquismo sale espontáneamente”.

¿Cómo te sientes cuando terminas un cuadro? —pregunto mecánicamente al artista, sin dejar de mirar hacia los rincones, hurgando bajo las mesas disímuladamente, buscando el origen de la risa femenina,

“Yo nunca estoy contento, nunca voy a estar contento: siempre siento un poco de tristeza, pero esa tristeza es alegre, satisfactoria, por decirlo así. En alguno de los cuadros me ha llegado la sensación de ausencia, algo así como “prohibido respirar”. A veces, cuando estoy en los últimos toques no me dá nota... el proceso me satisface, es lo que me gusta... lo que anuncia la llegada del oro, del Climax. Después que pinto me agrada escribir o aislarme.

A Carlos le fascina el pasado, de la misma manera que el futuro. Lo que llamaron oscurantismo ejerce en él una atracción muy fuerte. “Esa época oscurantista es la más rica: detrás de toda esa oscuridad había muchísima luz. Creo que el futuro debería ser de un oscurantismo tan brillante como aquél. El oscurantismo de hoy, saturado de electricidad, es de joyería, de fantasía. Realmente hoy no hay mucha luz”, Lo que él más desea en estos tiempos es ir a Praga, y “sentir la calle de los alquimistas, caminar por la calle donde se movió el Golem”. Imagínense cómo es el tipo. El sol se ha movido con las horas y la cara del extraterrestre, de esa cabeza esculpida por Carlos Solórzano, se ha esfumado en la fresca sombra de un rincón.

—¿Quién es ella? —inquiero, sin ver hacia a Carlos, con la mirada fija en los ojos oceánicos, en la piel que emana un brillo de doradas pelusas microscópicas. La he . . descubierto flotando cerca de varios cuadros, que poseen

; una misteriosa dimensión de originalidad, de tiempo detenido.

—¿Ella? Es un cuadro ¿No lo ves?

—creo que respondió el pintor. :

—No, el cuadro no: la muchacha que se ríe allí, al fondo —digo ya sin demasiada convicción.

—No hay ninguna muchacha. Estamos solos —escucho.

El artista comienza su última obra, se va borrando en el espacio mientras de la tela emerge un mundo sólido, denso, total. Desciendo las escaleras y mucho más tarde, cuando estoy a punto de dormirme, escucho otra vez la risa fugándose hacia la oscuridad. Es igual que un aleteo de guirnalda de papel en un pueblo solitario, después que se ha acabado la fiesta,

Me acosté con todas las imágenes del pintor en la mente, pero durante ese medio segundo en que oí por última vez la risa perturbadora, traté de pegar un oído a mi pecho para oíría.

La escuché yéndose, la risa se alejaba y cuando el silencio cayó en forma de circo cerrado, sentí la cara tan fría que no tuve valor para mirarme en un espejo. Yo conozco al tacto esa textura. Por eso no quise ver en el espejo mi cara de mármol rosado.

